

Casi todas sus compañeras de primera comunión se han puesto por segunda vez el vestido blanco. El otro día la tendera ha casado a su hija, y cuando ésta subía al coche he visto que la cojita miraba con pena aquella boda.

¡Pobrecita! dentro de poco será la única de la calle Rousselet que no se haya puesto dos veces el vestido blanco.

FRANCISCO COPPÉE.

(O)

La princesa de cabellos de oro

CUENTO JAPONÉS.

HABIA en la India, muchos siglos hace, una Princesa tan rubia y hermosa, que se la llamaba Princesa de Cabellos de Oro.

Pero tenía una madrastra que la odiaba á muerte, y que logró con sus zalamerías persuadir al Emperador padre de la niña, que desterrase á ésta á un lugar solitario y muy alejado de la corte.

La Princesa fué conducida á un desierto inculto y medroso, y en él abandonada á la voracidad de las fieras.

Mas ¡oh milagro! al quinto día de su desierto volvió al palacio Imperial de su padre sentada á la grapa de un leon, que mansamente la acariciaba con las crines de su cola.

Entonces la madrastra aconsejó al Emperador que dos sayones condujeran á la Princesita hasta la cumbre de una peñascosa montaña, donde sólo habitaban colosales aves de rapiña; y al cuarto día la niña de los cabellos de oro entraba en el palacio de su padre, también sentada como en un trono sobre las vigorosas alas de un enorme buitre.

¡Cuánto gritó la implacable madrastra! Pero no se daba por vencida, y en la noche del mismo día hizo trasportar á la Princesa hasta una isla abandonada en medio de borrascosas olas.

¡Empeño inútil! El viento empujó hácia las costas de la isla un frágil barquichuelo de pescadores, y éstos, admirados de la sorprendente belleza de la niña, y compadecidos de su miserable abandono, invitaron á embarcarse en su esquife, y la condujeron á la capital y al palacio del Emperador.

Pero la furibunda madrastra recibía con tremenda explosión de cólera, y haciendo abrir en el patio de armas del mismo palacio un pozo profundísimo, arrojóla en él por la noche, y mandó cerrarle en seguida con pesada losa de mármol.

Por cuarta vez se repitió el prodigio de la salvación de la Princesa: seis días después de cometido el crimen, el Emperador observó que surgía del pozo, á través de las junturas de la marmórea losa, un resplandor vivísimo, parecido á las nubes de fuego que coronan las montañas en la puesta del sol, y mandando quitar la piedra, apareció súbitamente la Princesa de los cabellos de oro, envuelta en diáfana aureola de luz nacarada.

¡Qué hacer? Consultó con un mago, y éste le aconsejó que encerrase á la niña en el hueco de un tronco añoso y gigantesco, y luego le arrojarase al mar; y al noveno día el mar llevó el tronco á la costa del Japon, y los marineros de un buque del Emperador sacaron de aquel informe ataúd á la pobre Princesa, que aún conserva un hábito de vida.

Mas pronto murió, y transformóse en gusano de seda, que voló súbitamente hácia un moral, y comenzó á roer las hojas con avidez indescriptible.

Un día no comió y dejó de moverse, mas cinco días después, el mismo espacio de tiempo que la Princesa había pasado en el desierto, reanímóse y volvió á roer las hojas.

Mas tarde volvió á adormecerse, y trascurrido otro periodo de tiempo, igual exacta mente al que la niña pasó en la montaña, hasta que el buitre la llevó al palacio de su padre, el gusano de seda se reanímó nuevamente, y luego se volvió á adormecer y á revivir con mayores bríos.

A la quinta vez, el gusano apareció en-

vuelto en un capullo mórvido, finísimo, dorado, en cuyo fondo depositó sus huevecillos y los avivó con amor de madre; y salieron de allí, roto el capullo, otros gusanos de seda, que poblaron los morales y los robles del país; y todos aquellos usanos se reprodujeron maravillosamente, y se apostaron en las arboledas, en los jardines, hasta en las rocas más altas y descarnadas; y todo el inmenso territorio del Japon apareció un día, al despuntar el alba, lleno de capullos de finísima seda, labrados por los descendientes de la Princesa, por los Yama-Mai, que quiere decir, en lengua japonesa, cabellos de oro.

Y desde entonces el Imperio del Japon cultiva en cantidad enorme el gusano Yama-Mai, y fabrica los más finos tejidos de seda.

El gusano de seda se aletarga cinco veces, y se despierta otras cinco, y los japoneses han dado nombre especial á cada uno de esos letargos ó sueños: al primero llaman Sueño del leon, al segundo Sueño del buitre ó del águila, al tercero Sueño de la barquilla, al cuarto Sueño del pozo, y al quinto Sueño del árbol.

Y todo esto en memoria de la Princesa de Cabellos de Oro.

¡Y la madrastra? Fué trasformada por la Divina Providencia, en castigo de sus maldades, en una alimaña salvaje.

CONDE DE TOLSTOI.

A UN GORRON.

¡Nada! Decididamente, de hoy no pasa!

El mal se ataca de frente. ¡Para usted no estoy en casa, mi querido don Vicente!

Hace tres años ó cuatro que le estoy sufriendo á usted en mi casa, en el café, en la calle, en el teatro....

¡A todas partes conmigo!

¡Qué castigo!

Me tiene usted muy cargado. Sépalo usted, caro amigo.

Y lo de caro lo digo por lo que usted me ha costado.

¡He de aguantar á un gorrón que siempre me ha de molestar con alguna petición, fundándose en la razon de que me ha visto nacer!

¡Bueno fuera!

Que le sufra á usted quien quiera!

Yo nací inconscientemente, por voluntad del Eterno.

¡Si sé que está usted presente, me vuelvo al claustro materno, mi querido don Vicente!

Exagerando el cariño que dice que me profesa, me trata usted como á un niño, ¡y hasta me abraza... y me besa!

Mas sus caricias rechazo y quiero que en paz me deje, pues cada beso y abrazo me cuesta luego un sablazo que me parta por el eje.

Y por eso me incomodo, y por eso se lo digo; el que se porta conmigo de ese modo,

se expone, naturalmente, á que yo le diga que ni es honrado ni es decante, como se lo digo á usted, mi querido don Vicente.

¡Mire usted que es mucho cuento; sin motivo ni razon, no verme libre un momento de semejante gorrón.

No hay manera de evitar que me venga usted á ver á las horas de almorzar y á las horas de comer.

Y es claro, ¡cómo es tan grande el amor que me profesa, se sienta usted á la mesa sin que nadie se lo maade!

Y come que es un espanto, lo mismo que un sabalazo

y yo por educacion se lo aguanto. Toma usted luego café, ¡ya se ve!

y una copita, y dos puros, y con cara lastimosa me habla usted de sus spuros y me pide cuatro duros, así, como si tal cosa.

Mas ¡basta ya! En adelante busque usted algun paciente que le aguante;

¡que yo ya le di bastante, mi querido don Vicente!

¡Le debo á usted algun favor?

¡No señor!

Es decir, como no sea que al comer conmigo crea que me dispensa un honor.

Váyase usted á la porra ó busque quien le socorra.

¡Nada, nada!

¡No aguanto más una gorra tan pesada!

¡No quiero saber si vive! Olvídense usted de mí, y no vuelva por aquí, porque no se le recibe.

¡Ya se lo he dicho al portero!

¡Si viene ese caballero tan gorrón,

aunque peque de grosero, cumpla usted su obligacion, que á mi casa no se pasa, que es esta mi decision, y que si le encuentro en casa le tiro por el balcón."

Eso he dicho y eso haré. Lo he pensado seriamente.

¡Conque... ya lo sabe usted, mi querido don Vicente!

VITAL AZA.

DESDE EL MAR.

Vasto como los cielos insondables, Ronco y voluble como turba ingente, Amargo como lágrima candente,

Y azul como los sueños inefables. . . ¡Oh Mar, oh Mar! tus olas espantables, Cual motin de leones con la frente

Erizada de espuma refulgente, Cruzan tus horizontes formidables. . .

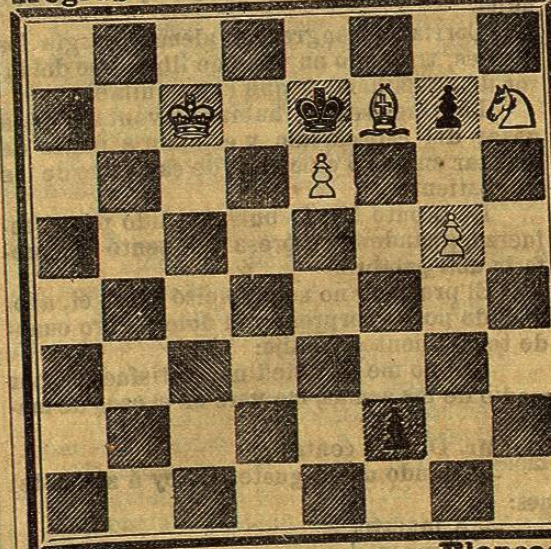
Sús! Más veloz! que de entre azulesvelos Y á los rayos del sol de la mañana, Como verá Luzbel en sus anhelos

Algun playon de eternidad lejana, Miró surgir del mar y de los cielos Un pedazo de tierra colombiana!

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ. Mayo de 1893 — A bordo del Larador.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Negras



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 5 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado. 1. D48+-Rg5.-2. Dh5+-Rf6.-3. De6+ R7oma D.-4. Cd7+-Re4.-5. Af5+.



Tomo III.

México, Domingo 3 de Diciembre de 1893.

Num. 124

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

ESCRITA PARA "EL TIEMPO."

(CONTINUA.)

mejores escenas del Hernani, en una coleccion de comedias, traducidas por no sé quien. Aun recuerdo algo del célebre drama romántico, aquello de doña Sol á Carlos V:

—"Callad, que me avergonzais. . . Don Carlos, entre los dos todo amorio es locura. . . Mi padre su sangre pura vertió en la guerra por vos, y yo, que airada os escucho, soy pese á furor tan loco, para esposa vuestra, poco, para dama vuestra, mucho!"

Desdeñaba los libros clásicos, y me engolfaba en el pélagó anchuroso de la literatura romántica. Andrés compró cierto día, en su tienda de La Legalidad, un tercio de papeles viejos, entre los cuales hallé folletines, libros trunco, entregas, y tomos de La Cruz, que me apresuré á recoger. Entonces leí buena parte de El Fistol del Diablo; devoré las novelitas de Florencio del Castillo, y en dos días me eché al colete los dos tomos de La Guerra de Treinta Años, de Fernando Orozco, el más intencionado de nuestros modernos novelistas.

¡Qué impresion tan penosa me causó ese libro! Me llenó de tristeza, y lastimó cruelmente mi corazón. No pude más: tiré el volumen, cogí el sombrero, y me lancé á la calle.

Hermosa tarde primaveral, dorada, luminosa. . . Me dirigí hácia la colina, y subí hasta mi sitio predilecto.

El cielo sin nubes ni celajes parecía una bóveda de cristal cédico. Las arboledas,

frescas y reverdecidas, hacían gala de su flameante veste, y en las dehesas y en los collados flotaba una misteriosa claridad rosada. Medio valle gozaba aún de los últimos esplendores del día, y allá detrás de la iglesia de San Juan, á espaldas de un molino, medio escondido entre los platanares y los isotes, en la curva más ancha y despejada del Pedregoso, los últimos rayos del sol trazaban una estela de plata, que partía de un foco esplendoroso, cuyas poderosas irradiaciones lastimaban ron mis pupilas.

La ciudad estaba como envuelta en una gasa de oro, y hácia el Oriente, se perfilaban las cimas de los montes, el pico de los Otates, y los crestones de Mata-Espesa, sobre un fondo glauco de suaves tintas opalinas. Del lado del Poniente fingían las nubes ardiente cordillera, un abismo de llamas, entre las cuales se ocultaba el sol. En Villaverde, lo mismo que en Pluviosilla, esos crepúsculos de fuego son anuncio seguro de caluroso día; predican el sur, el viento abrasador que caldea la atmósfera y calcina la tierra.

Llegaban hasta mí las voces de los transeuntes que atravesaban la Alameda, ó iban á lo largo del ancho camino carretero orillado de fresnos.

El grato venticello nocturno acariciaba mi frente con sus perfumados besos.

Aun brillaban en la Sierra los últimos reflejos del día, y mientras subían del valle los mil rumores de la naturaleza adormecida, las voces del río y el canto de los pájaros, me puse á contemplar el magnífico cuadro que tenía yo delante.